

Carta Pastoral sobre la Penitencia y la Reconciliación

Obispo William Murphy

“Señor, tu eres misericordioso con todos nosotros y no detestas nada de lo que has creado. Tú pasas por alto los pecados de la humanidad para así llevarla al arrepentimiento. Tu eres Señor, Nuestro Dios.”

Esta antífona de entrada de la Misa de Miércoles de Ceniza nos sitúa en el centro del amor vivo de Dios. Al comenzar el tiempo de Cuaresma en nuestro Año de Jubileo, quisiera compartir con todos ustedes, mis hermanos y hermanas en el Señor, algunos pensamientos respecto a este grandioso sacramento de la penitencia y la reconciliación que Jesucristo dió a su Iglesia. Es mi esperanza y mi oración que estas pocas palabras puedan pulsar un acorde en su corazón de modo que ustedes atesoren cada vez mas este sacramento de la misericordia de Dios. Es mi deseo más profundo que todos nosotros aprovechemos frecuentemente este sacramento y que a la vez obtenga una renovación en la estima y en la práctica dentro de nuestra Diócesis querida, en este quincuagésimo año de nuestra existencia como la Iglesia aquí en Rockville Centre, la Iglesia en Long Island.

La fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia es, por supuesto, la Eucaristía. Éste es el más precioso y reverencial regalo que Jesús dió a su Iglesia la noche antes de su muerte, una acción que la Iglesia, nacida del costado de Cristo en la Cruz, ha celebrado desde su comienzo y ha preservado y pasado fielmente a cada generación. Cada sacramento fluye del misterio de la Eucaristía y, en un sentido, descubre su propio significado por una relación mística del amor escondido de Dios y dado en forma de Eucaristía, en el corazón y en la vida de la Iglesia.

El sacramento de la penitencia y de la reconciliación tiene una conexión profunda e íntima con la Eucaristía. Es el sacramento que nos invita a todos a que nos miremos nosotros mismos en nuestra flaqueza y fragilidad y midamos nuestras vidas teniendo en cuenta el amor desbordante que nuestro Dios, “por siempre rico en misericordia”, derrama a través de este sacramento.

Para entender esto, debemos comenzar con el misterio que es la persona humana. Creado a imagen y semejanza de Dios, “el hombre y la mujer” reflejan el amor creativo de Dios y tienen dentro de sí mismos la libertad para elegir y para seguir a Dios en una amistad que El ofrece a cada ser humano. Desde el principio “el hombre y la mujer” eligieron ejercer su libertad de maneras que en parte rechazaron la amistad de Dios. Tan profundamente verdadero fue ese rechazo que la condición humana, a la cual cada uno de nosotros nace, es estropeada y marcada por una inclinación que, sin la ayuda de Dios, nos conduce de forma inexorable hacia la muerte y la destrucción. Sin Dios, estamos inevitablemente a la merced de nuestros peores deseos. Sin Dios, no podemos entender o afirmar la belleza del misterio de la vida humana. Sin Dios, nunca lograremos realizar su plan en nuestras vidas.

Este plan de Dios desde toda la eternidad era un plan para salvarnos del uso erróneo de nuestro mal proceder, sin destruir nuestra libertad. Dios nos ama tanto que El desea queelijamos seguirlo, queelijamos vida, su vida, como la medida de nuestras vidas para alcanzar así la única felicidad verdadera que nos satisface, la felicidad de la amistad con Dios a través de su Hijo, Jesucristo, en unidad de amor, que es el regalo de su Santo Espíritu.

“Pues, mientras que todavía estábamos en el pecado, Dios envió a su Hijo nacido de una mujer, nacido según la ley para redimirnos de la ley”. Pablo lo dice tan claramente, Dios “amó tanto el mundo que envió a su Hijo”. Ese hijo, igual a nosotros en todo, menos en el pecado, se dió totalmente y “fue obediente hasta la muerte, muerte en una cruz”.

Dios lo resucitó y le dió un nombre sobre todo nombre para que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor de la Gloria de Dios Padre.” En esa acción salvífica que solamente Dios pudo haber hecho, encontramos el camino que nos lleva al perdón, a nuestra regeneración espiritual y a nuestro vivir en Cristo. Nosotros no podríamos redimirnos por nosotros mismos. Solamente Dios, que es la fuente de vida, puede regenerar vida y dar a la vida humana parte en la vida divina.

Para mí, el relato que mejor revela esto es lo que nosotros llamamos la parábola del Hijo Pródigo (Lucas 15:11-32). En este relato de amor y reconciliación, nos encontramos

nosotros, cada uno de nosotros, parados en última instancia ante el Padre, el Padre que nunca deja de amarnos, nunca deja de anhelarnos, nunca deja de ofrecernos un corazón dispuesto para abrazarnos, para perdonarnos y para reconciliarnos. El Papa Juan Pablo II escribió “El Hijo Prodigio es cada ser humano, seducido por la tentación de separarse de su Padre para regir su propia vida de forma independiente... Como el Padre en la parábola, Dios vela por el regreso de su hijo, lo abraza cuando llega y organiza el banquete del nuevo encuentro, con el cual se celebra la reconciliación”. (RP5)

El hijo ha derrochado su herencia, ha derrochado su misma dignidad de ser el hijo del Padre vivo, reconoce que él no puede reconstituirse, no puede recuperar su dignidad, no puede convertirse nuevamente en hijo por su propio esfuerzo. El tiene que volver al Padre, la fuente de su vida y buscar de El su perdón que es la condición para recuperar su dignidad de hijo, para recuperar a su Padre y recuperar su vida. Y lo que descubre es lo que nosotros también descubrimos cada vez que volvemos a Dios y buscamos su perdón a través del sacramento de penitencia. Dios nunca nos rechaza, Dios siempre nos quiere de regreso. El amor de Dios es tan inmenso y tan constante que El no puede hacer otra cosa que poner un anillo en nuestro dedo, colocar un manto en nuestros hombros, besarnos y comenzar una celebración, pues nosotros que estábamos muertos hemos vuelto a la vida, nosotros que estábamos perdidos hemos sido encontrados.

Jesús ha ordenado que esta promesa del amor y del perdón misericordioso del padre fuera garantizado en la Iglesia, en y a través del sacramento de la penitencia y de la reconciliación. El ha ordenado a aquellos que instituyó como “líderes” (Lucas 22:26) para que en su nombre tengan el poder de atar y desatar pecados, a ellos y a sus sucesores, obispos y sacerdotes, se les ha transmitido ese encargo de ser el instrumento eclesial, llevando a cada penitente, que busca el perdón, la seguridad y la certeza del regalo del perdón de los pecado, reconciliación con el Padre y renovación de la vida en Cristo Jesús y en la Iglesia en ese enlace de amor que es el Espíritu Santo. La Iglesia es la comunidad de los reconciliados, la comunidad de comunión, el Cuerpo de Cristo renovado y reavivado.

En nuestro mundo existe hoy la tendencia a olvidarse de la realidad del pecado. No necesito insistir en este punto. Muchos más brillantes y más profundos que yo pueden expresar el decaimiento del sentido del pecado y, con él, el decaer de la práctica de frecuentar el sacramento de la penitencia y de la reconciliación. Quisiera yo fuera otra la realidad. Ruego que esto cambie porque este acto constante de suprimir la voz de la conciencia nos hace reprimir el reconocimiento del pecado en nuestras vidas y fingimos que “todo esta bien”, lo cual nos destruirá. Al principio, este mal uso de nuestra libertad podrá fascinarnos y emocionarnos así como el hijo prodigo cuando comenzó probando con la licencia ilimitada todas las “alegrías” que él podría obtener. Pero con el tiempo en toda vida surgen cambios. Es cada vez más difícil distraerse en “placeres” pasajeros. Es cada vez más difícil pretender que este estilo de vida sea significativo. Tenemos que construir cada vez más ilusiones para proteger nuestra existencia vacía contra la realidad que produce el vacío, el vacío terrible que es la vida vivida solo para si mismo, la vida vivida sin la amistad y el amor de Dios.

Mientras, ruego que esto cambie, lo hago con gran esperanza y gran confianza. Esa esperanza brota ante todo de la verdad sobre el corazón humano. ¡Pues no importa cuanto tiempo y cuan ingeniosamente podamos engañarnos, en la intimidad de nuestro corazón sabemos la verdad! El corazón humano, como ha dicho San Agustín, está “agitado” y seguirá siendo “agitado hasta que llegue a descansar en Ti, oh Dios”. Y hay una segunda y aún más maravillosa fuente para mi esperanza y mi confianza. El corazón humano ha sido creado por Dios para ser amado por Dios, para estar en una relación mutua de amor y de amistad hecha posible por El, que primero nos amó y se dió por nosotros. Como nos ha dicho el Papa Benedicto tan sabiamente en su encíclica, “Deus Caritas est”, de todos los títulos que podamos tener de Dios, por el cual ÉL quisiera que lo conociéramos, es el de DIOS ES AMOR.

Así pues, mis amigos, dejen sus conciencias libres. Dejen su corazón ir hacia El, quién les está llamando para estar en amor con El mientras que El está ya en amor con ustedes. Dejen que su amor sea la luz que ilumine las tinieblas de sus vidas, no para castigarles, más bien para animarles a desear ser librados de la oscuridad y, dentro del dolor

por sus pecados, dejen que Su luz haga desvanecer la oscuridad del mal y de la muerte, para así iluminarlos con su propia luz verdadera. Lo que se necesita es un corazón sincero. Lo que se necesita es una conciencia honesta. Lo que se necesita es decir, como el hijo prodigo, “Yo se lo que haré, me levante e iré a mi padre y le diré, ‘Padre, he pecado contra el cielo y ante ti...” ¡Y ya saben que el Padre esta esperándoles para decirles! **“Estabas muerto más ahora estás vivo. Estabas perdido más ahora has sido encontrado”.**

La Iglesia es la casa del Padre aquí en la tierra. Como El, en fidelidad con El, la Iglesia te está esperando, deseosa de darte la bienvenida a tu casa, siendo ella el instrumento del amor de Dios, reconciliándote con El y con la comunidad Eclesial por medio del sacramento de la penitencia y de la reconciliación, el sacramento de la divina misericordia. La Iglesia imita al Padre en su paciente, pero constante deseo de perdonar a cada pecador. La Iglesia imita al Padre ofreciéndole a cada penitente el mismo abrazo, el mismo perdón, la misma reconciliación que nuevamente nos hace hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas en esta comunidad de comunión. Por lo tanto, ¡cómo es que nosotros en este momento no vamos alabar a Dios por tan precioso sacramento, el sacramento que nos muestra el amor misericordioso de Dios, el sacramento que nos devuelve una humanidad restaurada, ese sacramento que nos hace uno con Dios y con todos nuestros hermanos y hermanas en este Cuerpo de Cristo que es nuestro verdadero hogar y el lugar donde siempre encontraremos la vida y el amor de Dios!

El Papa Pablo VI nos ha dicho a nosotros, sacerdotes, que éste es el más humano de todos los sacramentos. El nos indica a nosotros, confesores, que debemos siempre conducirnos en el confesionario con gran sensibilidad y delicadeza, mostrándole al penitente el rostro humano de Cristo y utilizando todas nuestras habilidades sacerdotales buscando de ser un instrumento cuya palabra y gesto comunique al penitente que él o ella está encontrándose con Cristo siempre presente, siempre vivo en la Iglesia; Cristo cuyo poder otorga a la Iglesia, en este sacramento el poder y los medios para el perdón de nuestros pecados. Nunca me he encontrado con un sacerdote que, administrando el sacramento de la reconciliación, no quiera actuar en el nombre de Cristo. **Ningún católico ha de**

nunca temer entrar en un confesionario. Ningún católico nunca debe de tener que pensar, cómo él o ella será recibido por el sacerdote. Prometimos ser instrumentos de la gracia de Cristo y ministros fieles del amor misericordioso de Dios. Pues, nosotros también somos pecadores y también frecuentamos el sacramento de la penitencia y experimentamos con nuestras propias vidas: el sacramento del amor misericordioso de Dios.

Totalmente convencido de la belleza y la gracia sobreabundante que este sacramento nos da, yo, su obispo, les invito en el nombre de Jesucristo, aprovechar más frecuentemente este sacramento. Si estás seriamente culpable en pecado mortal, no puedes recibir la Eucaristía hasta no haber confesado ese pecado y así recibir absolución. Si necesitas ayuda para ir a confesarte, porque no estas seguro de cómo hacerlo, el sacerdote te ayudará para que puedas confesar todos tus pecados, sabiendo que el Señor perdona inclusive “las faltas escondidas”, que ni sabemos ni recordamos.

Más les ruego que vengán al sacramento especialmente durante esta Cuaresma y experimenten la paz que proviene de ser bañado en el amor misericordioso de Dios. Pió XII se confesaba diariamente. La mayoría de los sacerdotes que yo conozco se confiesan por lo menos una vez al mes. Y no hay nada malo confesarse una vez a la semana aunque sea confesión de pecados veniales, pues el sacramento te lleva a la gracia, gracia que te une íntimamente al amor de Dios.

En conclusión deseo darles ciertos pasos prácticos que quisiera se siguieran en cada parroquia para así animar a la práctica mas frecuente del sacramento de la confesión. Al hacer esto primeramente tengo que agradecerles desde lo más profundo de mi corazón a todos los sacerdotes de nuestra diócesis. Los encomendaré en mis oraciones, por su celo de hacerse disponibles al pueblo de Dios en este sacramento. Alabo a Dios por su forma bondadosa y compasiva que muestra a cada penitente el corazón humano de Cristo que nos ama en ese sacramento especial de misericordia.

La Iglesia nos da varias formas de celebrar el sacramento de penitencia y reconciliación. Pues aunque en la situación actual de nuestra Diócesis no hay nunca necesidad para absolución general, yo encomiendo a mis hermanos sacerdotes las varias

formas de celebrar el sacramento a través de servicios penitenciales con confesión individual y de igual manera el uso tradicional del confesionario con ambas opciones de cara a cara y de forma anónima.

En ese espíritu, deseo reafirmar la actual, buena y santa tradición de nuestra Diócesis que el día lunes de Semana Santa ha sido dedicado a escuchar confesiones en todas las parroquias de nuestra Diócesis de 3 a 9 pm. **Exhorto a cada católico de la Diócesis para que aproveche este extraordinario acto de gracia que puedes hacer tuyo en cualquier parroquia de la Diócesis.** Si solo está un sacerdote, es posible que tenga que tomar recesos en las confesiones. Sin embargo, el espíritu de fraternidad que marca nuestro presbiterio significa que ningún pastor va ignorar esta acción sacerdotal comunal, por medio de cual nuestra Diócesis es renovada durante Semana Santa.

Segundo, doy gracias a los sacerdotes por la práctica de tener confesiones accesibles una vez por semana, usualmente una hora antes de la Misa de Vigilia los sábados en la tarde. Por medio de esta carta le pido a cada pastor, sin excepción, establecer por lo menos una hora adicional durante la semana, durante la cual habrá un sacerdote en el confesionario para escuchar confesiones. Podría requerir algunos cambios en los itinerarios ya bien ocupados de los sacerdotes pero todos deberíamos estar dispuestos a re-priorizar nuestro tiempo, aunque esto signifique que podríamos ausentarnos en alguna otra actividad de la parroquia. Podría tomar tiempo conseguir el mejor horario, mas debería haber un horario regular que los parroquianos puedan encontrar un sacerdote disponible. Inicialmente no serán muchos los que lleguen, no obstante, sean pacientes. Aunque nadie viniera, no es “una perdida de tiempo para sacerdote” estar en el confesionario. Con el Breviario, el rosario o alguna lectura espiritual, el sacerdote puede tomar ventaja del tiempo cuando no haya penitentes para orar por el pueblo y ser un ejemplo de devoción al sacramento que con el tiempo traerá más y más personas al sacramento.

Tercero, les sugiero que conectemos en nuestro itinerario y en las mentes de nuestra gente el sacramento de la penitencia con el sacramento de la Eucaristía. Muchas de nuestras parroquias tienen Adoración al Santísimo Sacramento semanalmente. He notado esto en nuestra Diócesis durante el Congreso Eucarístico el año pasado. Posiblemente esto

ayude a tener la segunda hora semanal de confesiones, unida a la adoración al Santísimo Sacramento. Oraciones por las vocaciones sacerdotales y vida religiosa en la presencia de nuestro Señor redobla nuestro compromiso de vivir como una comunidad en comunión reconciliada con Dios y con los demás. Otra forma de situar el sacramento de la penitencia, es poniéndolo en conexión con María, Madre de Dios o, con ciertos santos cuyo amor y devoción al sacramento era frecuente en sus vidas.

Sobre todo, poner el sacramento de la penitencia y la reconciliación a la luz de la Palabra de Dios nos ayudara a enriquecer nuestras vidas como pueblo y nos llevará a un profundo entendimiento del mensaje de Jesús con toda sus riquezas, que nos llama a vivir su Palabra en todo acto y obra de nuestra vida. **El que dijo “tus pecados te son perdonados” a la mujer sorprendida en adulterio, también nos dice “Ven, sígueme” y nos invita a “Ir a todos los pueblos y hacer discípulos de todas las naciones”.**

La unidad interna de nuestro llamado de fe y de vida de amor cristiano es sostenida y fortalecida por el sacramento de la penitencia y la reconciliación de la variedad de medios que Cristo ha dado a su Iglesia, la cual por sí misma es el sacramento misterioso de la unidad de Dios con nosotros y la unidad de toda la humanidad (cf. LG 1). Al celebrar nuestro Jubileo de oro como Diócesis, debemos pedir que seamos un instrumento de Cristo quien reconcilia al mundo hacia El mismo y hace de nosotros ministros de su reconciliación, mostrando al mundo Su perdón y Su paz.

Febrero 21, 2007

Miercoles de Ceniza